

de esperanza. Oscureció a sus ojos las cosas de la tierra a fin de que brillaran con más claridad las del cielo.

Nosotros esperamos que cuando las pasiones se hayan amansado y recobrado sus fueros la justicia imparcial, la posteridad pondrá el nombre de Holguín entre los mayores de que se enorgullezca la patria, así como confiamos en que, testigo de su virtud, de la fe que no renegó y del celo de Dios que en sí tuvo, el Señor misericordioso le habrá acogido benignamente, y si aún fuere necesario, querrá mediante la efusión del sacrificio que acabamos de ofrecer, dar a su alma, libre ya de los castigos de la mortalidad, alguna parte en la herencia de la salvación eterna. Amén.

CARLOS HOLGUIN

Cuando escribíamos las líneas consagradas a la memoria del doctor Rafael Núñez, no llegamos a suponer que las presentes, ocasionadas por la desaparición del doctor Carlos Holguín, hubieran de seguir a las otras con tan corto intervalo, que pudiéramos publicarlas bajo un mismo título. La muerte, que ha unido a estos grandes ciudadanos en su despedida de la vida, viene también a juntar estas humildes ofrendas de amor y de admiración, que colocamos agradecidos sobre los sepulcros de dos hombres que fueron indudablemente glorias de la patria y que desempeñaron importantísimo papel en nuestra historia contemporánea. A Núñez y a Holguín les ha tocado emprender casi juntos el eterno viaje, después de haber sido compañeros de luchas y de triunfos en los últimos veinte años. De este modo el inmortal reformador de Colombia ha sido seguido, con pocos días de diferencia, por el denodado atleta de la causa conservadora; por el que

comprendió antes que casi todos sus conciudadanos el alcance y porvenir de la empresa de Núñez; por el que pudo, con constancia y habilidad consumadas, vencer las desconfianzas de sus copartidarios e inclinarlos a colaborar en la obra política más civilizada y benéfica que ha habido en nuestra patria; por el caudillo que representó al partido conservador en la fecunda alianza que debía producir la organización del partido nacional, la regeneración política del país y las instituciones que hoy lo rigen.

La vida del doctor Holguín no cabe en pocas páginas, ni el bosquejo de su fisonomía moral e intelectual puede trazarse en reducidos días. Pocos colombianos han tomado parte tan activa como él en las luchas políticas, en la dirección y combinación de los partidos y en la administración de los negocios públicos: pocos han brillado tanto por sus talentos, ilustración y energía, y contados serán los que puedan parangonársele en la eficacia de sus esfuerzos y en el gran resultado de sus obras.

Poco más de veinte años contaba cuando le tocó presidir el Senado de Nueva Granada, en que tenían asiento personajes tan ilustres como el General Mosquera, don Pedro Fernández Madrid y otros patricios colmados de méritos y eminentes por sus talentos o sabiduría. Este raro hecho, que hace recordar los triunfos del gran ministro del rey Jorge III, no puede explicarse sino reconociendo extraordinaria precocidad y raras aptitudes en aquel joyen que, salido apenas de la adolescencia, era ya un orador eminente, un juriscónsulto distinguido y uno de los políticos más ilustrados de su país.

Su ilustración, clásica por su profundidad y por la importante parte que en ella tuvieron los buenos estudios literarios, fue la que selló el ingenio de Holguín con un carácter notoriamente sólido; ella fue la que hizo

que contrariando las corrientes de su época y hasta las influencias de su fogoso temperamento, fuese como escritor y orador, modelo de sencillez y buen gusto; y por eso sus discursos y escritos jamás fueron obras de relumbrón, sino que se distinguieron por la lógica del razonamiento y por la tersura y orden de las ideas. Su educación literaria fue una de las mejor dirigidas y aprovechadas que ha habido entre nosotros: hablaba varios idiomas vivos, conocía diversas literaturas modernas, había hecho estudios de griego y le eran familiares algunos escritores latinos. Jamás se nos caerá de la memoria el día en que le vimos por primera vez, hace diez y ocho años, irradiando prestigio y simpatía, en todo el vigor de su edad y de su gallardía varonil, examinando los alumnos de una clase de latinidad, recitando y analizando con su portentosa retentiva y su argentina voz las *Odas* y el *Arte poética* de Horacio. Era de oírsele repetir de memoria pasajes enteros de Dante o de Virgilio, de Shakespeare o de Macaulay, de Molière o de Racine o de los autores príncipes de la literatura castellana. Además de estos conocimientos, los tenía muy profundos en jurisprudencia, historia y otras ciencias, pues fue eminente abogado y profesor distinguido de derecho internacional y economía política.

Tal fue su preparación intelectual, estas fueron las armas con que entró Holguín en el campo de la política, en aquella lid empezada al salir de las aulas, seguida casi sin tregua y que no terminó sino en sus últimos días. Sus fuerzas consistieron en los talentos verdaderamente extraordinarios con que le dotó la naturaleza como orador y escritor; en su incomparable flexibilidad y destreza como miembro y jefe de partido; en la constancia y energía indomables que le caracterizaron como batallador intelectual, y en las virtudes públicas y privadas que le distinguieron. Nació para las luchas políticas, para los grandes duelos de la palabra y de la pluma, y así lo indicaban su resuelto

continente, el color rubicundo de su fisonomía, la vivacidad de su mirada y el timbre metálico de su voz; su temperamento necesitaba del combate, y eran visibles la satisfacción, confianza y denuedo con que entraba en el campo de la polémica oral o escrita; allí estaba su fuerza, ese era su destino.

Su oratoria no fue la de los lugares comunes o de la declamación hueca y ampulosa, ni brilló por las imágenes con que se exornan los discursos académicos o las arengas populares: era la oratoria parlamentaria, acerada y fulgurante, en que campeaban las armas de la convicción y jamás las de la persuasión o del sentimentalismo; sus discursos se distinguían por la facundia inagotable, la dialéctica clara y espontánea, la sátira más incisiva, la réplica más pronta y oportuna y las alusiones históricas y científicas mejor traídas. Por muchos años fue en el parlamento el adalid del partido conservador, cuyos derechos defendió con singular vehemencia y cuyos bríos y esperanzas no dejó apagar. En los largos años de vencimiento y de prueba, cuando parecía sumamente remoto el triunfo de su partido y cuando éste peregrinaba por sendas oscuras y frías, Holguín estaba en el centro de los que mantenían izada la bandera y era uno de los principales guiones de la penosa marcha.

Aunque Holguín no hubiera hecho a sus copartidarios más que este insigne servicio, sería acreedor a la gratitud de ellos y a ocupar muy alto puesto en la historia del país, pues él y los demás patriotas que le acompañaron lograron mantener vivas las tradiciones de su causa, las ideas de su programa político y las aspiraciones de sus amigos, evitando así entre nosotros el gran mal que se ha realizado con frecuencia en la América Española, donde ordinariamente perecen los partidos doctrinarios poco tiempo después de hallarse vencidos. Los vencedores tienen cuidado de adoptar denominaciones que halagan a las masas, defraudando el programa de los vencidos, en tanto que estos últimos,

depositarios muchas veces de ideas más civilizadoras, enmudecen y se desalientan. De allí que en lugar de partidos doctrinarios no haya en algunos países americanos sino agrupaciones personales, caracterizadas por nombres y no por principios. Si en Colombia no ha sobrevenido aún este infortunio, que en definitiva sustituye como móvil sistemático la ambición a las ideas, débese a que los conservadores no han dejado de serlo en los tiempos de prueba; y esto último ha sido obra de aquellos que como Holguín se han consagrado, con patriotismo y abnegación, a defender las ideas y mantener el entusiasmo. Esta conducta, a la vez que supone mucha habilidad, exige grandes virtudes; porque el hombre que por largos años persiste en la defensa de principios perseguidos en su misma Patria, tiene que poseer grande abnegación y entereza para no anteponer a una causa ideal los provechos de la deserción y la tranquilidad de los acomodamientos.

Cuando el doctor Holguín se inició en la política la tribuna neogranadina se enorgullecía de los mejores oradores que ha habido tal vez en el país; muchos hombres eminentes de aquel tiempo asociaban a su ilustración y grandes aptitudes el excelso dón de la palabra, arma poderosa en las democracias y uno de los más sólidos apoyos para ascender las gradas de la carrera pública. Márquez, Ospina, Caro, Arboleda, Ordóñez, Borrero, Mallarino, o brillaban entonces en la plenitud de sus fuerzas, o habían bajado al sepulcro hacía tan poco tiempo, que aún persistían los ecos de su elocuente palabra. Afiliado Holguín en el partido a que pertenecían aquellos ilustres repúblicos, ligado a algunos por los vínculos de la sangre, y habiendo recibido de otros sabias lecciones, su espíritu se modeló hasta cierto punto de acuerdo con el de sus maestros y su carácter intelectual conservó con algunos de ellos cierta semejanza que puede percibirse aun por los que no conocieron aquellos personajes con tal que se fijen en sus producciones. No hay duda, por ejemplo, de que en Holguín

se reflejaron algunas de las cualidades del segundo mártir de Berruecos, pues ambos fueron humanistas, oradores eminentes y polemistas de mucha fuerza; ni la hay de que recibió los influjos del ilustre Vicepresidente de 1855 y 1856, pues como él, fue letrado, elocuente y apto para comprender y dirigir las combinaciones de los partidos.

Como escritor tenía caracteres análogos a los de su oratoria, pues sus artículos se distinguieron por el fuego y vivacidad de los pensamientos y por la fuerza de la dialéctica. Escribiendo casi al correr de la pluma, no imprimió siempre a sus obras toda la corrección de que fue capaz; pero a pesar de eso, su estilo es a veces comparable al de Valera en la facilidad con que se desliza y en la donosura y elegancia; su frase alada y su período rápido brotan como la conversación y son el remedo fiel de sus discursos, porque casi siempre su móvil era más bien que la meditación el entusiasmo. Como polemista fue formidable y sobresalió en la controversia con especial brillo; su admirable memoria y su experiencia de los hechos más notables de nuestra historia política le habilitaban para responder siempre al adversario, y los recursos de su dialéctica, así como su mordicante ironía, hacían que sus golpes fuesen contundentes. Con todo, y aunque los asestaba con tanta intrepidez que a veces rayaba en coraje, no descendía a la vulgaridad ni a las agresiones personales. Vimosle pujante, empeñado en luchas de esta especie, hasta hace apenas un año, en que su última contienda fue uno de los más gloriosos pasos de su carrera, lucha memorable y honrosa por la importancia del adversario y por el interés que despertó en todo el país; y vimos también cómo el valiente adalid del partido conservador supo no sólo corresponder a su pasado, sino demostrar que sus fuerzas y bríos se hallaban íntegros, defendiendo su causa con tanta habilidad, ardor y buen éxito, que arrancó aplauso general en las filas de los suyos. Fue Holguín periodista insigne, pues brilló en ese

campo con todas las dotes que dejamos apuntadas, y porque en él puso de manifiesto su carácter enérgico y valiente. Algunas veces, desempeñando esta clase de tareas, llegó hasta desafiar las iras de sanguinario dictador y esgrimió su pluma a despecho de las tiranías democráticas. Sus periódicos no sólo ostentaron el brillo de sus controversias y la energía de sus filípicas, sino también la sólida instrucción con que sabía tratar las cuestiones teóricas y los asuntos jurídicos de varias especies, que analizaba con toda la pericia de un profesor consumado. Conociendo a fondo nuestra historia y poseyendo vasta ilustración, sus escritos no eran las fastidiosas vaguedades, ni las ampulosas declamaciones, ni los raudales de dicterios en que ha sido fértil la prensa colombiana, sino que se distinguían por la novedad de las observaciones y por el interés que comunicaba a todos los temas. Una de las muchas circunstancias que hacen deplorable la temprana muerte del ilustre publicista, es que no hubiera escrito sus *Memorias*, obra que habría sido de alto interés para la historia de Colombia en los últimos cuarenta años.

Sus aptitudes como político y caudillo consistieron sobre todo en su gran flexibilidad, debido a la cual fue singularmente a propósito para realizar alianzas y combinaciones de equilibrio, cualidad tanto más notable cuanto más rara ha sido en nuestros hombres públicos. Donde las divergencias políticas no implican enemistades personales y donde las agrupaciones no se abominan con odio comparable al de las antiguas sectas, combinaciones de aquella especie no son raras, pues ni ellas se miran con execración, ni los que las realizan son considerados de otro modo que como caudillos hábiles en el arte de dirigir las fuerzas políticas. Pero en países donde los partidos distan entre sí inmensamente en materia de principios y donde, por desgracia, las cuestiones religiosas son parte integrante de sus programas, las diferencias políticas equivalen a un entredicho respecto de los que se hallan afiliados en opuesto campo,

lo que imposibilita toda tregua y toda labor de conciliación. Ya se ve, por consiguiente, cuán difíciles son las labores de aquellos que, sobreponiéndose a las preocupaciones, procuran aprovechar las tendencias armónicas, aunque provenientes de diversos campos. En este último sentido, Holguín, lo mismo que Núñez, fue innovador, y debido a él hemos visto prácticamente que semejantes alianzas pueden ser benéficas y que, en lugar de vituperio, merecen alabanzas aquellos que las promueven con miras patrióticas y escogiendo elementos sanos.

Cuando Holguín inició esta política—porque el fue su principal iniciador—muchos desconfiaron de su empresa y aun la improbaron, teniéndola como una especie de abdicación de principios, capaz de deshonorar la causa. Los que tal juzgaron se inspiraban probablemente en principios demasiado absolutos; tuvieron en cuenta las tradiciones de nuestra historia, que no había presentado ejemplos semejantes sino de muy corta duración y de carácter más bien militar que de otra especie; ni comprendieron que para coronar la altura el camino mejor es el zigzag y no la línea recta. Los resultados han venido a resolver el punto en favor de Holguín, pues sus planes y su obra fueron poderosos a exaltar a su partido hasta las cumbres del mando, después de haber vagado durante veinte años por los valles de la desolación, azotado de infortunio. Y lo más notable es que después de las evoluciones iniciadas e impulsadas por el ilustre político, el partido conservador no resultó, como parecía natural, abdicando sus principios o adoptando híbridos programas, sino que surgió depurado, asido al áncora del 43 y no confiado a la rota brújula del 58.

Holguín alcanzó esos resultados asociando a las combinaciones de su talento la energía de su voluntad y de su singular constancia, que jamás desmayaron y que le mantuvieron siempre vigilante y resuelto en la vía de alcanzar el triunfo de su causa, más bien que por la

fuerza de las armas, por el poder de la estrategia política. Su energía y su valor fueron tan excepcionales, que llegaron quizás hasta el extremo de no consultar en todos los casos la opinión popular, lo que puede explicarse tal vez en muchísima parte por ciertos hábitos que en él produjo el buen éxito alcanzado aun a despecho de manifestaciones pasajeras de esa misma opinión, en la cual dejó de tener una fe constante. Su energía asumía todas las formas: el valor personal y civil, el denuedo para afrontar cualesquiera dificultades, la firmeza para resistir los más furiosos embates, la entereza en presencia de los reveses y la paciencia para soportar amarguras y sinsabores en obsequio de su causa.

Las cualidades de Holguín como orador, escritor y jefe de partido no le fueron igualmente útiles para las tareas del gobierno, a que fue exaltado durante cuatro años por la voluntad casi unánime de la representación nacional. Sus prendas de combate, si así puede decirse, le impidieron la constante serenidad que debe distinguir al gobernante; su misma elocuencia y hábitos de polemista le hicieron olvidar a veces que el estadista necesita guardar ciertas reservas mientras se halle en el poder; pero su grande energía y su celo por la causa del orden y de la justicia lo elevaron a grande altura como gobernante capaz de salvar el principio de autoridad, lo cual es una gran condición, acaso la primera, de los hombres de gobierno, especialmente en esta época amenazada de anarquismo y en esta tierra atormentada de anarquía.

Aunque sus ideas políticas, como sucedió a la inmensa mayoría de sus copartidarios, se contagiaron de las concesiones teóricas hechas al partido opuesto en la época de la Confederación Granadina, Holguín fue de los primeros que reconocieron la necesidad de una reacción hacia el programa genuinamente histórico, para restablecer el régimen de una legalidad tan vigorosa como lo ha exigido la situación anárquica de la Patria. Los hechos comprueban, del modo más decisivo, la exac-

itud de las ideas del eminente político, pues demuestran que las naciones americanas no se civilizan sino por la paz y por los gobiernos que mantengan la paz: de todos los países latinos de este continente los más prósperos han sido Cuba, Chile y el Brasil, es decir, aquellos donde son más raras las revoluciones; y de los restantes los más adelantados son, sin duda, aquellos donde más profundamente se ha desarraigado la guerra, esto es, México y la República del Plata.

Holguín estaba persuadido de que la civilización no avanzaría entre nosotros sino mediante el trabajo, el comercio y la riqueza, cuyos intereses pueden sufocar, casi por sí solos, el espíritu revolucionario; y pensaba también que esos objetos no pueden alcanzarse sino por la paz, conservada por un gobierno sólido, auxiliado de leyes severas. Es muy probable que esta idea, tan elemental como práctica, sea la más acertada entre todas las teorías etnográficas y políticas excogitadas para explicar y remediar nuestras perennes luchas. Si esto fuere así, la salud de nuestras sociedades no podrá resultar de un régimen débil, sino de gobiernos vigorosos, ni se deberá sino a los hombres capaces de mantenerlos y conservarlos; nuestro malestar, según esto, no es consecuencia de Ingénita ineptitud, sino una faz común en la evolución de todas las sociedades; a quien corresponde resolver los problemas científicos del gobierno, es a los pueblos más civilizados; la principal misión de estos países es desenvolver sus elementos; cualquiera otra tarea, como las que por largos años nos han ocupado, es comparable a la del labrador que, en lugar de trabajar para sus hijos, se propusiera fundar en su cabaña un estudio parecido al de Pasteur. Nuestra tarea debe ser sostener el trabajo por la paz y la paz por el trabajo; y para que este círculo, en que el efecto es causa y la causa efecto, no nos desaliente, es fuerza admitir como condición necesaria de la paz una administración pública muy legal y muy vigorosa. Hé aquí por qué nos atrevemos a considerar la energía del doc-

tor Holguín como una de las primeras condiciones de nuestros estadistas.

Habitado desde temprano a las lides políticas, Holguín adquirió extraordinaria indiferencia y aun insensibilidad en las situaciones difíciles. Esto y su optimismo fue sin duda causa de que sus labores oficiales no se distinguiesen por toda la asiduidad y regularidad que puede exigirse a los que, como él, son versados en las ciencias de administración y en la jurisprudencia; pero por aquellas mismas circunstancias era muy apto en todas las situaciones que exigen destreza y sangre fría. Su propia índole y la de las tareas de su predilección, que fueron las del batallador y jefe de partido, le es-torbaban practicar en el gobierno el estudio minucioso de los detalles y el examen escrupuloso de las cuestiones administrativas; así fue que no sobresalió como organizador, sino como guardián celoso del orden público y fautor entusiasta de las mejoras materiales.

Sus dotes naturales, sus cualidades más profundas triunfaban de las otras, y por eso en Holguín el político se sobreponía al hombre de Estado y aun al diplomático. Encargado de las tareas del gobierno, obraba de lleno como jefe de partido; sus mensajes y alocuciones, aunque se dirigiesen a la Nación o a sus representantes, eran a veces vehementes apologías o ardientes filípicas con todo el sabor de los escritos de política contenciosa; hasta en la carrera diplomática, en que brilló de un modo especial por su cultura, conocimientos y dón de gentes, hubo ocasiones en que su aquilado patriotismo y aun su vocación a las luchas públicas le arrastraron de las controversias del gabinete a las del periódico. Llegado el momento en que consideraba seriamente interesada su causa, no vacilaba en bajar al estadio, asumiendo, eso sí, todas las responsabilidades.

.....
 Algunas de las cualidades de que hemos hablado formaban en la fisonomía moral de Holguín rasgos opues-

tos. Como hombre de combate, conocedor de su fuerza y acostumbrado a la victoria, aparecía a veces arrogante; y sin embargo, en el trato particular era hasta humilde, pues llegaba a reconocer sus errores. Fue hábil conocedor de los hombres, sagaz para tratarlos y dirigirlos; y no obstante, cuando se olvidaba de la política, era candoroso y condescendiente. Tenía gran celo por su causa, de la que fue fiel guardián y cuyas tradiciones veneraba; y a pesar de esto confió demasiado en los demás y descansó tranquilo en la pericia ajena. Asociábanse así en él prendas encontradas, pues era un león en la lucha y un cordero en el trato, por lo cual después de sesiones parlamentarias en que había combatido con singular ardor, salía abrazado con sus adversarios. Era un enemigo resuelto y al mismo tiempo un corazón sin odios, pues no conservó resentimientos y trataba cariñoso a los mismos que le habían dirigido los más apasionados ataques. En él puede decirse que había dos hombres, que eran el atleta y el conductor: el uno indomable, arrogante y ardoroso; el otro flexible, conciliador y hasta paciente.

Pocos hombres han tenido un trato social y familiar tan culto y agradable como Holguín, que cautivaba las voluntades con la afabilidad de sus expresiones, con la amenidad de su conversación, con sus relatos chispeantes y graciosos y con el cariño que sabía manifestar; pocos le igualaron como hombre de corte, pues sus dichos, ademanes y continente llevaban el sello de la sencillez, la gracia y la elegancia. Estas cualidades, unidas a su ilustración y patriotismo, fueron las que más le aprovecharon en las tareas diplomáticas, que desempeñó por largo tiempo como Ministro de primera clase ante varios gobiernos europeos. En este puesto prestó importantes servicios al país, cooperando brillante y eficazmente a estrechar las relaciones internacionales de Colombia, representando a la Nación con dignidad y acierto y procurando el arreglo de las cuestiones que entonces se hallaban pendientes. Las mismas prendas

fueron las que le granjearon extensas simpatías no sólo en su partido sino entre sus adversarios, quienes hacían a veces justicia a sus méritos y reconocían sus brillantes dotes.

En su alma hubo virtudes de verdadero cristiano. ¡Cuán grande se mostraba cuando abría los brazos a los mismos que le habían dirigido las más rudas agresiones! Era magnánimo porque era fuerte; y si pudo dominar los ímpetus más instintivos de su alma, que son tal vez los del resentimiento, lograba esto no sólo por la presencia de ánimo que adquirió en su carrera de constante batallar, sino porque tenía fe en el Evangelio. Fue patriota en alto grado, pues vivió consagrado a la causa que para él encerraba la salud y el porvenir de la Patria; a ella dedicó sus talentos y energía, y a ella ofrendó—no exageramos—hasta las últimas palpitaciones de su corazón.

Tocáronle grandes satisfacciones, pues vio el triunfo de su causa y recibió las más señaladas muestras de confianza de sus conciudadanos, que lo elevaron, por el voto casi unánime de sus representantes, a la primera magistratura nacional. Quiso Dios que sus últimos días fuesen amargos y que se levantase contra él la tempestad política más recia y encarnizada de que hay tal vez ejemplo en nuestra historia, y en la cual indudablemente han tenido más parte que la justicia el recuerdo de las glorias del intrépido atleta y el de los golpes que de su mano recibió el partido enemigo. Esto que decimos sobre punto tan delicado no es ni puede ser juicio nuestro, sino una opinión sumamente abonada de acierto y de justicia; no es el dictamen de ningún entendimiento tachable por la parcialidad u ofuscada por la pasión; es el fallo de los inocentes, de cuya boca suele brotar la verdad. En uno de los días de triste recuerdo pasámos junto a unos niños de corta edad que en medio de sus juegos se mostraban admirados de que todos los ataques fuesen contra el doctor Holguín; y si no nos hubiera contenido el candor de aquellos inocen-

tes, les habríamos explicado el enigma diciéndoles que los furros de bando son como el furor de los vientos, que azotan con mayor fuerza los robles que los otros árboles. Por lo mismo que ha tocado al caudillo bajar a la tumba en noche tempestuosa, los que amamos su memoria esperamos que amanezca el día de la justicia, y el torrente se ponga en el debido nivel, y se recuerden en toda su importancia y magnitud los servicios que Carlos Holguín prestó a su país y a su causa.

Octubre 26 de 1894.

MARCO F. SUAREZ

PLÁTICA Y DESVARIO DE LOS CRONISTAS

No quiero decir cómo ni cuándo me hice amigo de cierto caballero del Orden de Santiago, por más señas del Consejo de S. M. el Rey de España en los Supremos de Castilla y de las Indias. De los múltiples estudios a que se entregó en Salamanca, sacó notable versación en cánones y leyes, amén de una curiosidad universal que nunca le dejó sosegar. Vida le faltó para escudriñar cédulas reales, leyes de Indias y bulas pontificias porque fue gran juríconsulto, y por lo que atañe a noticias curiosas y copia de erudición pocos igualaron a Don Juan (que así se llamaba el caballero) en diligencia para allegarlas y disponerlas con muy buen seso y orden exquisito. Agreguemos que desempeñando comisiones regias, anduvo muchas tierras, mejoró su hacienda, ilustró el Gobierno de S. M. y multiplicó el ya crecido caudal de especies que atesoraba en la memoria y revolvía en el entendimiento.

Don Juan murió en Madrid por los años de 1654.... Grave inconveniente nos ofrece esta fecha para entender lo de mi amistad y trato con el buen caballero, a no ser que supongamos artes ocultas y mágicas, merced a las cuales hubiera podido traerle desde tan re-